LA FLOR.

I

De la montaña en el abrupto flanco,
Limitando el barranco
Por donde turbio, atronador, hirviente,
Revolviendo entre rocas y entre brumas,
Se despeña el torrente
Arrojando con furia sus espumas,

II

Acantilado muro se levanta
Con altitud que espanta,
Coronado de robles y de encinas,
En donde tienden húmedo su velo
Las nieblas matutinas
Con la primera luz que baña el cielo.

III

Bordan soberbio manto á su grandeza
El musgo y la maleza,
Y los punzantes cactus, y atrevidos
Arbustos, que las rocas aferrando
Se inclinan suspendidos,
El espantoso abismo sombreando.

IV

El agua del torrente evaporada,
Retorna condensada
En anchas venas ó menudas gotas
Por la rugosa falda del gigante,
Y en las quiebras ignotas
Se pierde misteriosa y murmurante.

V

Como lacia melena en los crestones,
Los tupidos festones
Lánguidos flotan á merced del viento,
Oscilando en constante y rumoroso
Y vago movimiento
Sobre la frente altiva del coloso.

VI

Levantan incansables tejedoras
Las plantas trepadoras

Su verde malla en la pendiente breña
Y se agrupan el hongo y el helecho,
De la desnuda peña
Luchando por asir el borde estrecho.

VII

Al abrigo del sol crece y florea
La fragante orquidea
Y es de aquella montaña la espesura
Fantástica cortina recamada
De flores y verdura
Al alcance no más de la mirada.

VIII

Por la florida senda pedregosa
De la cañada umbrosa
Que al pié de la montaña se estrechaba,
En fresca tarde de apacible día
Feliz atravesaba
En juvenil y alegre compañía.

IX

De aquella sierra en los peñascos huecos,
Despertaban los ecos,
Con el duro trotar de sus corceles,
Lucida cabalgata de amazonas

Servidas de donceles,
Animosas, gallardas, juguetonas.

X

Ya saltaban osadas y ligeras,
De robustas palmeras
Los abatidos troncos seculares;
Ya buscaban la sombra de lustrosos
Crujientes platanares,
O de frescos naranjos olorosos.

XI

Inquietos, jadeantes, fatigados,
Y de sudor bañados
Los generosos brutos gorbetean,
Y al viento arrojan en ligeras plumas,
De sus fauces que humean
Lucientes y blanquísimas espumas.

XII

Sobre un garboso y trotador overo
Que relincha altanero
Sacudiendo su crin luenga y sedosa,
Entre aquel bello grupo iba María,
La virgen pudorosa
Por quien de amor mi pecho se encendía.

XIII

Era esbelta y flexible. Su cabeza
Con noble gentileza
Coronaban undosos sus cabellos,
Negros, finos, profusos y brillantes,
Y de sus ojos bellos
Lampos de luz brotaban deslumbrantes.

XIV

La amaba yo con la pasión primera;
Con mi existencia entera
Una hora de su amor pagado habría;
Pero ella altiva siempre y desdeñosa,
Severa reprimía
De mi edad la corriente tormentosa.

XV

Contemplando la hirviente catarata,
La gentil cabalgata
Se detiene, y se escucha entre las rocas
El rumor de las voces argentinas
De aquellas lindas bocas,
Como el parlar de alegres golondrinas.

XVI

Mas de pronto en la peña acantilada,
Con rápida mirada

Descubre entre las quiebras mi María,
Roja, espléndida flor que altiva crece
Y al hombre desafía
Desde la inmensa altura en que se mece.

XVII

¡Con qué infantil candor, con qué inocencia,
Expresó la impaciencia
Que le causaba contemplar tan lejos
Aquella flor, mirando su hermosura
A los tibios reflejos
Del sol que penetraba en la espesura!

XVIII

No pude resistir, sentí convulso
Con repèntino impulso
Agitarse mi sér; el pensamiento
Se incendió con el fuego de una idea,
Y dijo mi ardimiento:
«Suya será esa flor, pues la desea.»

XIX

Antes que alguno mi intención comprenda,
Con la flexible rienda
De mi corcel despierto el noble brío;
Y pujante se mueve y se encabrita

Y en las aguas del río
Saltando el peñascal se precipita.

XX

Entre sordos rumores confundidos
Llegan á mis oídos
Ecos de angustia y gritos de quebranto
Que presurosos á llamarme vienen
Y ni me dan espanto;
Ni me hacen vacilar, ni me detienen.

XXI

Fuerte, ligero, audaz y apasionado,
Con el pecho inflamado
De aquella edad por el intenso fuego,
De ilusiones y amor llena la mente,
Atravesaba ciego
Las encrespadas olas del torrente.

XXII

El potro vigoroso hiende el agua;
Como de ardiente fragua
Es su aliento agitado. La onda fiera
Espumante le envuelve hasta la silla;
Pero su esfuerzo impera
el borde alcanza de la opuesta orilla.

XXIII

Salto de mi caballo, y diligente
Por la áspera pendiente
Que mi osada intención torna en escala,
Asalto con valor el alto muro
En donde el pié resbala
Y el apoyo en el brazo es inseguro.

XXIV

Como el reptil que en antro pavoroso
Se arrastra cauteloso,
Así avanzaba yo. Ya desprendida
Escapaba una piedra de mi mano,
Ya entregaba mi vida
Al seco matorral, fragil y vano.

XXV

Sobre el musgo mi planta se escurría;
En inútil porfía,
Me aprisionaban en flexibles lazos
Trepadoras sin fin y enredaderas,
Y al hacerlas pedazos
Se llevaban tras sí rocas enteras.

XXVI

A veces con esfuerzo sobrehumano
Y teniendo mi mano

A punzadora yerba mal sujeta,
Pugnaba por hallar, inutilmente,
El relieve ó la grieta
En la pulida faz de la pendiente.

XXVII

Era supremo triunfo la conquista
De la tajante arista,
Que duro pedernal me presentaba,
Y ofreciéndome apoyo pasajero
Mis carnes destrozaba
Con sus cortes más finos que de acero.

XXVIII

Con negras alas de cambiantes rojos,
Azotando mis ojos
El vértigo asomó; yo no veía
El abismo á mis piés; pero terrible
Su aliento me envolvía
Atrayéndome mudo, irresistible.

XXIX

Y ví nubes sangrientas, y ví estrellas
Rutilantes y bellas
Cruzando en oscurísimas regiones;
Y escuchaba tañidos de campanas,

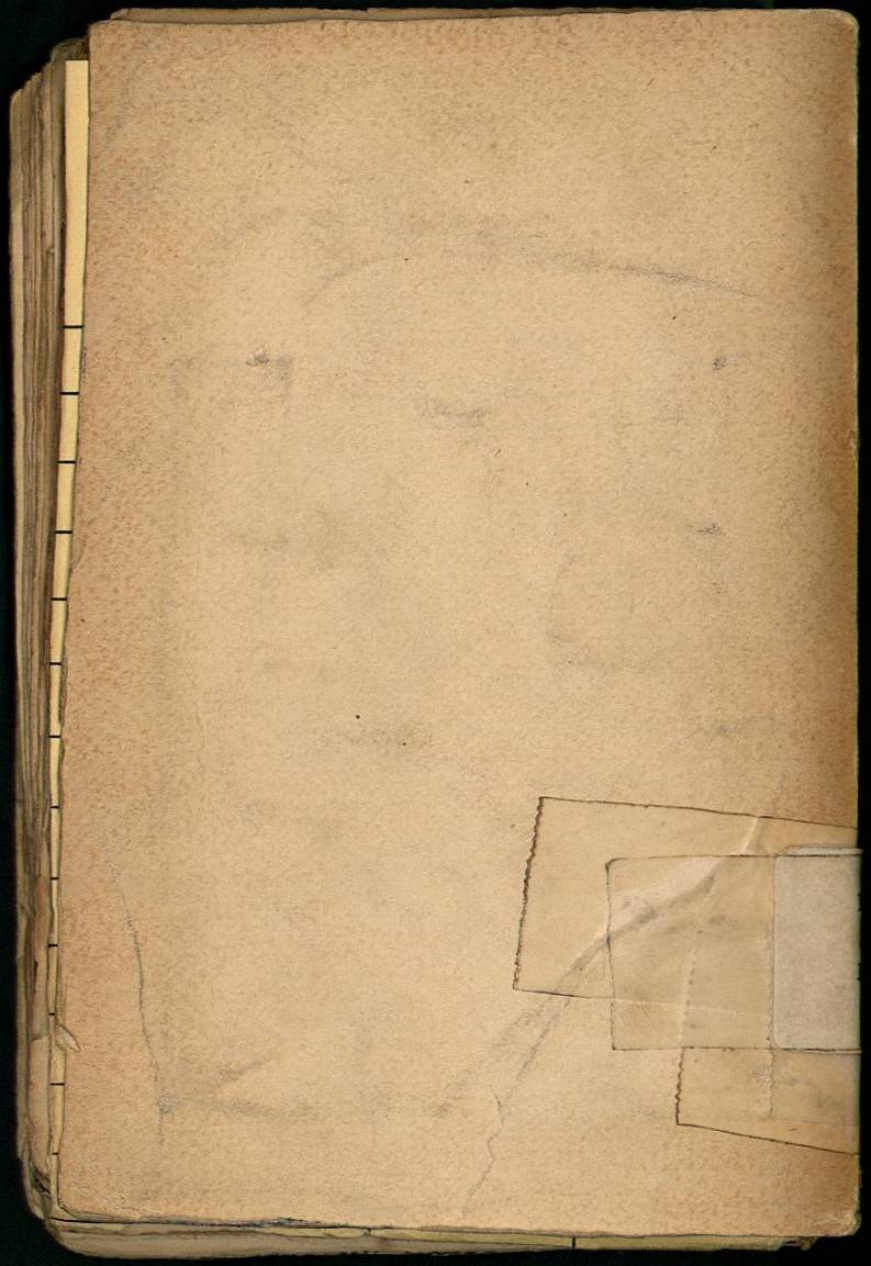
Y rugir de aquilones,
Y conciertos de músicas lejanas.

XXX

Parecíame sentir que de su asiento
Con rudo movimiento
Quebrando las cadenas de granito,
Se arrancaba ligera la montaña,
Cruzando el infinito
Con torpe vuelo en lentitud extraña.

XXXI

Sentí helarse mi sangre; de pavura
Crugir mi dentadura,
Y en mi cerebro el soplo de la muerte.
Dejé de respirar; cerré los ojos
Y me detuve inerte,
Como en mullido lecho, en los abrojos.

XXXII

¿Pasé inmovil una hora ó un instante?
Lo ignoro; delirante
Seguí subiendo. Todo parecía
A mi vista cambiar; por los cantiles
Precipitada huía
La repugnante tropa de reptiles.